El 3 de Marzo último ha muerto, en la penitenciaría de Alghero, el compañero Héctor Aggugini.

Basta esta información lacónica, cuyas escasas palabras revelan un mundo de callado dolor, para comprender en toda su hondura la tragedia carcelaria que ha extinguido, en 8 años y a los 26 de edad, una vida joven y fuerte, cuya firmeza moral reforzaba su resistencia física.

Esta noticia remueve en nosotros el recuerdo, haciendo revivir la impresión de entereza de carácter, consagrado voluntariamente al sacrificio, que dejó en todos su actitud cuando, procesado por la explosión ocurrida en 1921 en el teatro "Diana" de Milán, supo erguirse altivamente frente a sus jueces, acuciados por feroz represalia, y lanzarles su acusadora declaración:

"Soy anarquista; el jurado que nos debe juzgar debiera tener presente que no se halla frente a vulgares malhechores sino ante militantes de un ideal, y yo, como anarquista, estoy convencido de que a la violencia burguesa es preciso oponer la violencia proletaria.

"Si las masas trabajadoras no se deciden a la insurrección suprema, nosotros, uno contra todos, hemos ya insurgido".

Yo sé quiénes son Mariani y Aguggini, — decía Malatesta en ocasión del proceso que terminó con la condena de ambos a 30 años de reclusión —; y sé que no hay hombres que hayan consagrado más que ellos su vida a una idea y que por esa idea — idea de amor hacia todos los seres humanos — estuvieran prontos a cualquier sacrificio. Y es con palabras del mismo Malatesta —que, sin embargo, desaprobaba el hecho del "Diana" — que queremos reflejar las circunstancias y el ambiente en que Mariani y Aguggini obraron:

"Todo el proletariado afanoso de justicia estaba indignado por la prolongada e injustificable detención de Borghi, Quaglino y mía, y nuestros amigos estaban conmovidos y angustiados por nuestras vidas puestas en peligro por la huelga de hambre que desde algunos días veníamos sosteniendo. Corrían, naturalmente, noticias exageradas. Las autoridades, culpables y provocadoras, parecían decididas a dejarnos morir, y como un viento de locura agitaba a quienes más nos amaban. Por otra parte toda Italia era, como lo es todavía, el campo de violencias inauditas contra el proletariado, que el gobierno no sólo dejaba impunes sino también protegía y ayudaba, y los proletarios se confirmaban en la convicción de que sólo la violencia cuenta, y muchos perdían, muy explicablemente, el sentido del modo y la medida".

POR LA REBELDIA EFICAZ

La desconformidad con lo existente — leyes, costumbres, instituciones — por parte de una minoría más o menos considerable es un hecho constatado en todas las épocas y en las más diversas sociedades. Por poco que conozcamos el verdadero desarrollo de la civilización y sus factores decisivos podemos sin duda asignar un valor capital a esos núcleos descontentos, como fuerzas impulsoras hacia las más preciadas conquistas humanas. Todo progreso tanto sea en la vida social como en los diversos órdenes del pensamiento, ha empezado siempre con el insurgir de individualidades aisladas que impugnaban las normas o dogmas existentes en nombre de un ideal más elevado, de una concepción más perfecta.

Bien sabemos como recibe la sociedad a los tales innovadores y rebeldes que pretenden mejorarla. Odios, martirios, calumnias, persecuciones son los argumentos comunes con que trata de anular sus prédicas y librarse de su influjo "demoledor". En este sentido nada ha cambiado desde los más remotos tiempos, a no ser los procedimientos "técnicos" que van de la cruz o la hoguera a la corriente eléctrica.

Sabemos asimismo que con todo ese aparato no se pudo evitar jamás que las ideas de los herejes, réprobos e indeseables se fueran infiltrando en las masas y determinaran al fin el cambio tan temido y resistido por los conservadores y por esas mismas masas, poco antes completamente refractarias a cualquier innovación. Es que la "infiltración", la influencia de lo nuevo se realiza lenta e insensiblemente sin que la mayoría de los individuos se percate de ello. Los nuevos conceptos arraigan y van madurando poco a poco en los espíritus y luego de verificarse este proceso se proyecta al exterior; entonces se lleva a cabo la gran reforma, la transformación, la Revolución. Se produce el parto de una sociedad nueva.

Justo es reconocer, de paso, que nunca hasta ahora se ha visto que las conquistas logradas, realizadas, correspondieran en magnitud y perfección a las ideaciones que las precedieron ni tampoco al caudal de sacrificios empleados en su obtención. Hay siempre una desviación o deformación que la realidad impone al ideal para permitir su práctica. Considérese entre otros el ejemplo de la Revolución Francesa comparando la generosidad de propósitos, la visión grandiosa que animó a sus gestadores y el derroche de vidas y heroísmo que costó, con los mezquinos resultados prácticos que significó la conquista de la democracia, derivada de aquella gran conmoción histórica. Con todo es posible constatar un cierto coeficiente de progreso, resultante de esas luchas, el cual no sería concebible sin el enorme aporte de los descontentos y rebeldes.

Para nosotros, que pretendemos cumplir actualmente la función tan árdua como honrosa de levadura social, eso no es ninguna novedad. Sobre todo en lo que respecta a la glorificación del descontento y la rebeldía no habría nada que añadir y si a veces algo que quitar.

En cambio creo necesario, insistir, y supongo que nunca se hará demasiado, en el examen de cómo, en qué sentido y circunstancias aquellas actitudes son realmente propicias para el progreso social, que consiste para nosotros en la aproximación indefinida hacia el ideal libertario.

Hemos dicho que un cambio en la sociedad se produce cuando nuevos conceptos de sociabilidad han arraigado en el común de la gente, es decir cuando ha cambiado la mentalidad del pueblo. Esto no es más que la constatación de un hecho del cual la historia nos suministra innumerables ejemplos. Pero aparte de ser un hecho, es un principio básico para lo que podría llamarse el método anarquista, puesto que el anarquismo quiere realizar sus concepciones dentro de una libertad de acuerdo, sin violentar ni obligar a nadie a que las acepte. Luego debe necesariamente prestar la mayor atención al problema de forjar en el pueblo una mentalidad adecuada a sus fines, una mentalidad libertaria; entendiendo por tal la que impulsara a los individuos a resolver las múltiples cuestiones que plantea la vida social, a base de cooperación, de mútuo acuerdo, en ausencia de toda coacción y autoridad.

Es verdad que también los partidos autoritarios necesitan y buscan formar una conciencia "colectiva adecuada a sus fines", pero con esta enorme diferencia: mientras que ellos sólo la requieren hasta constituir un poder y obligar luego a los demás hombres por la fuerza a secundar sus planes, para los anarquistas es esencial que cada uno sea capaz de obrar libertariamente por determinación propia.

No podría imaginarse una colectividad anarquista sin que sus componentes se hayan emancipado de los prejuicios y malas prácticas de la sociedad burguesa y sin que hayan asimilado en cierto grado los valores morales e ideológicos que constituyen el anarquismo. Por el contrario puede existir muy bien una colectividad comunista autoritaria cuyos miembros no hayan cambiado gran cosa en su moral e ideología, a condición de que se sometan estrictamente a los dictados de sus jefes. La diferencia entre uno y otro caso radica principalmente en el valor que se asigne al individuo como parte constituyente de la sociedad.

Así pues, es para nosotros de vital importancia la formación de una conciencia individual y social inspirada en nuestros principios y métodos, tales como autonomía, cooperación, libre acuerdo, etc. Tanto que creo ha de ser esa la finalidad esencial de toda nuestra actividad militante.

Es indudable que el primer paso en este sentido será el de despertar el descontento hacia el estado de cosas existente. Generalmente él se halla en situación latente. La gente siente que "esto marcha mal", que algo debe ser arreglado pero no sabe precisar sus anhelos ni puede localizar las causas del malestar. Es preciso pues destacar ciertos hechos, denunciar las mentiras que ocultan ciertas frases pomposas, poner bien en claro el conjunto de miserias e iniquidades que los hombres soportan y practican a causa de la mala organización social.

Si esta labor es cumplida de una manera eficiente, provocará sin duda no sólo el descontento sino también el repudio y la rebeldía de los más sufrientes o más sensibles. Hasta aquí la cuestión es relativamente sencilla. Sencillez aparente sin embargo. Puede satisfacer a un revolucionario de verdad, a un anarquista el solo hecho de soliviantar las conciencias, de levantar las multitudes en movimiento de protesta? Evidentemente, no. Cualquier demagogo aspirante al poder con bastante habilidad puede obtener un resultado análogo en su faz externa sin que por eso el progreso social tal como lo hemos definido haya recibido el mínimo impulso. Para que el descontento sea realmente fecundo es preciso que transparente en sus manifestaciones el ideal moral que lo ha motivado y un evidente afán constructivo. Si se niegan los principios consagrados en forma de dogmas políticos, económicos o religiosos, si se atacan las instituciones existentes es porque todo ello choca rudamente con los nuevos y más amplios conceptos elaborados e límpide constantemente poner en práctica estos últimos.

Combatimos lo viejo en nombre de algo nuevo que suponemos mejor. La experiencia del pasado nos ha señalado una serie de errores que queremos evitar en la nueva construcción. Pero las fuerzas retrógradas, el peso muerto de la rutina se oponen a todo cambio. Nuestra pugna por apartar los obstáculos y vivir nuestras ideas constituye la rebelión. Su esfuerzo por cerrarnos el paso y eternizar el presente hace surgir la valla reaccionaria. El choque entre ambas fuerzas podrá causar los más agudos conflictos mas no será por la intensidad o violencia de nuestro impulso, que demostraremos la bondad de nuestras ideas, como tampoco por las muchas persecuciones de que seamos objeto. Esa bondad será demostrada por el valor intrínseco de tales ideas, es decir en la medida que su aplicación a la realidad sea capaz de realizar la vida social y dar solución satisfactoria a los problemas cuyo anuncio las hizo nacer. Y también en cuanto las hayamos asimilado a nuestra conducta, dando el ejemplo vivo de la nueva forma de encarar las relaciones inter individuales.

Sin estas condiciones toda labor meramente crítica, destructiva, ha de ser en gran parte estéril, sobre todo si se limita a despertar el descontento sin inculcar ninguna idea o aspiración constructiva. Es bien sabido que en ciertas circunstancias se puede impulsar a una muchedumbre hacia un movimiento de apariencia subversiva cuyo resultado sea totalmente reaccionario, con solo aprovechar un estado de descontento vago latente en la masa. Más de una vez lo hicieron los políticos demagogos de todas las tendencias cuando convenía a sus intereses. La variedad más "avanzada" de la especie la constituyen los bolcheviques que por cierto conocen bien las triquiñuelas del oficio. Además es muy común atribuir el mal sólo a las instituciones, clases o individuos determinados. Y aunque esto sea cierto en gran parte, no lo es menos que su responsabilidad atañe a cada individuo. Abominar de normas y costumbres absurdas, procediendo no obstante de acuerdo a ellas, querer derribar las instituciones vigentes sin esforzarse por modificar la propia conducta, "luchar" contra instrumentos de la tiranía sin combatir las propias inclinaciones autoritarias, todo eso es muy fácil y corriente pero su eficacia para una transformación social es semejante a la de un conjuro mágico para curar una enfermedad grave.

Los verdaderos revolucionarios no son quienes atacan con más furor el orden actual, sino los que más hayan asimilado principios éticos superiores y los más capaces de traducir esos principios en acciones concretas. Problemas a la vez de moralidad y de ejecución práctica. La conjunción de ambas cualidades valoriza altamente la actitud rebelde y le da esa grandeza y trascendencia histórica que acostumbramos admirar.

Sin ellas la rebeldía no es más que un gesto circunstancial, a veces bello o simpático, otras veces lamentable. De todos modos, efímero.

Darle un contenido ético, una finalidad constructiva, reflejados en cada acción es la ineludible tarea que debe preocupar a los anarquistas. Tarea desde luego más árdua que la simple admonición subversiva, pero más proficua y acorde con nuestros amplios propósitos.

Jacobo Prince.

LA DISCUSION

POR QUE TANTO HORROR?

Hay cosas que más valdría no discutirlas. Mejor que discutirlas sería propagarlas. Propagarlas y practicarlas por cuantos tengan aptitudes para ello y las consideren, desde luego, de utilidad para los fines de realización anarquista que nos hemos propuesto.

Hace tiempo que los precursores del anarquismo han establecido con la mayor suma de claridad que estas cosas requieren, la necesidad imprescindible y el derecho indiscutible que hay de proceder a la inmediata y total expropiación de todo cuanto hoy constituye un privilegio de la burguesía. Ultimamente se ha producido de nuevo una vez más en nuestros medios una discusión sobre este tema. Sin deseos de entrar en polémica con nadie quiero anotar algunas observaciones que servirán, a la vez, para reflejar mi opinión sobre el asunto.

Pienso que ninguna revolución llenaría una misión liberadora si no se pusiera en práctica el método de expropiación a todo lo que se considere de interés común. Esto que en líneas generales no lo rechazaría ningún camarada, discutiéndolo en teoría, se entiende, halla una grandiosísima cantidad de opositores cuando se trata de pasar de las palabras a los hechos. El hecho de que estas discusiones se susciten siempre en momentos que algunos compañeros se encuentran presos o perseguidos por la justicia como autores o presuntos de estos hechos, revela que hay un excesivo temor por parte de muchos anarquistas en que los hagan aparecer como partidarios o propagadores de la expropiación.

Es bueno anotar un detalle antes de proseguir más adelante. Mientras se trata solamente de discutir un método en las charlas amables de café, en rueda de amigos tomando mate o en las cordiales reuniones de nuestros locales, nos pronunciamos todos de acuerdo en las proposiciones de la propaganda por el hecho y hasta nos mostramos admiradores de los amigos audaces que llevaron a cabo un acto que salió fuera de lo común. Y lo admiramos más aún, en este caso sin ninguna reserva, si el compañero ha pasado ya a mejor vida.

Yo personalmente he notado esto en casi todos los camaradas con quienes he tenido relaciones en la propaganda anarquista, y por lo general todos aceptan que la expropiación es un hecho necesario.

Y bueno, pues, si la expropiación es un hecho necesario, necesario será también, y esto previamente, propagarla y a la vez practicarla desde ya, a los efectos que sea comprendida por el mayor número de gentes a fin de que a la mayor brevedad pasen a ser estas cosas hechos colectivos en vez de individuales, manera única de que ellos alcancen una trascendencia verdaderamente social.

Preciso es no reducir ni magnificar la cuestión, sino colocarla en su verdadero centro para evitar incomprensiones que podrían obscurecerla.

Surge la siguiente pregunta: ¿es legítima la expropiación — digo expropiación y no robo o hurto, como califican los que aparentan querer rechazarla — por parte de los desheredados de todo cuanto la burguesía apropió para su beneficio exclusivo? Es legítima. ¿Es necesaria la expropiación, como medio revolucionario, para asegurar el éxito de los movimientos que por la igualdad y la libertad propagamos los anarquistas? Es necesaria.

Así planteada la cuestión, nadie, al menos así lo veo, podrá pronunciarse en desacuerdo. Pero es bueno que entendamos que expropiación, revolución, igualdad, sociedad, etc., así nomás pronunciado es una cosa abstracta y que el contenido real de cada cosa desglosa, y en una buena parte afea, el significado real que encierra en su conjunto. Es por eso que al analizar los hechos en sus detalles, aquellos aparecen deformados, el conjunto de los mismos desfigurados y hallamos en consecuencia que ellos nos parecen feos y horrorosos, careciendo por lo tanto de interés.

De esta suerte me explico el porqué muchos camaradas combaten tan acerbamente la expropiación practicada hoy por algunos anarquistas mientras sin ningún inconveniente se acepta la que se pueda realizar mañana con un carácter más general.

Yo creo que no puede haber revolución social sin expropiación. Luego es absolutamente necesario propagar intensa y permanentemente esta necesidad entre las masas de desposeídos, para que ella sea comprendida y sentida por el mayor número posible de individuos, a los efectos de que pongan en práctica este sentimiento derivado de la necesidad. Si la expropiación general no entrara en nuestros objetivos revolucionarios por conceptuarla perjudicial o innecesaria simplemente, estaría bien entonces que no se propagara y que se combatiera de la manera que algunos lo hacen en estos tiempos. Pero yo no me explico como esta necesidad podría ser encarnada en las muchedumbres sin hacer previamente su apología, explicándola en su significado, y aceptando los hechos individuales que con fines anarquistas pudieran realizarse hoy.

Se expresa, como un argumento decisivo para combatir estos hechos, el temor de que los que hoy los realizan puedan desviarse por completo de los objetivos ideales y convertirse en apropiadores individuales del producto de la expropiación, cayendo así en la delincuencia común, legal o ilegal, que es la posición que ocupa el burgués o el ladrón que aspira a serlo. Este temor es justificado y en parte lo comparto. El dinero posee muchas virtudes, siendo la principal la de corromper a veces hasta las más elevadas conciencias. Pero, ¿podríamos acaso dejar de propagar la libertad ante el temor de que algunos o muchos individuos pudieran convertirse en libertinos, dando rienda suelta a sus pasiones morbosas aprovechando de las situaciones favorables que ese medio crea? El parangón es idéntico. Serían los hechos los que colocarían a los individuos al lado opuesto del anarquismo y de los anarquistas, sin que ello significara que la igualdad, la libertad y la expropiación como medio para alcanzarlas, carecerían del valor que le asignamos y que en realidad poseen.

A mí me resulta sumamente peligrosa esa propaganda que se realiza permanentemente contra la expropiación y los expropiadores, ya que con ella, quizá sin creerlo, quiero suponerlo así, se niega un principio que es esencialmente revolucionario, mientras se afirma el derecho burgués a la propiedad privada que hoy detenta en su exclusivo beneficio.

¿Acaso se pensará que este hecho realizado hoy por cien individuos o por mil es menos legítimo que el que se realice mañana por un millón o el pueblo entero? Yo no sé como se podría armonizar la opinión vertida en un periódico o tribuna anarquistas consistente en propagar como buena y necesaria la expropiación de la riqueza burguesa, y luego, cuando un compañero anarquista u otra persona cualquiera que escuchó y comprendió aquella verdad llega a ponerla en práctica se sale con que ella es mala, que es contraproducente, que es detestable desde todo punto de vista, y que el autor está bien en la cárcel si por cualquier accidente cayó en ella. Sería curioso oír la respuesta de los compañeros colocados en esta dualidad en caso que una persona honrada e inteligente las solicitara con todo respeto una aclaración sobre cómo podría armonizar estas dos cosas fundamentalmente opuestas.

Yo quiero ver en el fondo de todas estas discrepancias, que como he dicho lo son sólo de forma, el deseo ardiente de los camaradas de aparecer ante todos como unos santos y presentar a la anarquía como un ideal de futura realización al que para alcanzarlo no es preciso descender a las acciones humanas que necesariamente han de deformar todo lo que sea ideal. ¡Ah si ello fuera posible! En todos los actos más sublimes de la historia ha habido siempre un doloroso llanto, una profunda lágrima, una gota de sangre humana que empañaran la pureza de las intenciones más sublimes y las cuales aparecieran obscurecidas por haber intervenido la mano del hombre. Cuando sea debidamente comprendido esto, el horror de los anarquistas hacia los actos de sus compañeros habrá disminuído en sumo grado, y la disposición para encarar la lucha más de acuerdo con la realidad aparecerá en nosotros como una fuerza de realización que desviará los prejuicios para avanzar siempre más.

Un Hereje.

Independencia

Una vez más se ha celebrado la magna epopeya histórica, y una vez más han hablado los turiferarios de la patria ensalzando, encomiando y magnificando la domesticidad de los camellos ciudadanos.

Los proletarios están de parabienes; el marcial desfile militar, el ruido de las "charangas" y el regocijante bullicio de la incivilidad, tenían por objeto, recordarle su independencia al encadenado hijo del pueblo.

25 de Mayo, fecha de recordación de caudillejos ya desaparecidos que se significaron por sus morbosas pasiones de riqueza y mando, ha sido un día límpido y claro, en que las diáfanas virtudes de la patria no podían ser empañadas por el pestilente vaho de la miseria; los harapos del tugurio no debían insultar a las galas de la independencia. Para eso era su día! día de escarapelas, banderas y galones; día de burgueses, militares y gobernantes; día de comisarios y jueces déspotas y no de levantiscos gauchos.

Y se habló de independencia; en todo el país se levantaron tribunas y se encaramaron papagallos a recitar la consabida lección "del gran pueblo argentino libre y feliz"...; monos encaramados sobre los cocoteros de la patria cascotearon al pueblo con melosas palabras para hacerle olvidar su triste condición de paria carente de pan, amor y albergue.

¿Lo consiguieron? No se puede tapar el cielo con un harnero y menos la inmensa y terrible tragedia obrera con una bandera azul y blanca; la independencia invocada por los patriotas, es la esclavitud sufrida por los miserables, y esta, es visible y palpable en todo el territorio argentino.

El grito de independencia está por darse aún; ha de partir de las entrañas del esclavizado pueblo para que sea efectiva y real. De esos obrajes del Chaco, donde se cimentan fortunas sobre la anemia y la tuberculosis de proletarios hogares argentinos; de esos ingenios azucareros de Tucumán, adonde son arreados a punta de bayoneta patria, para que trabajen a cambio de una botella de alcohol, los miserables indios que viven en las márgenes del Bermejo o del Pilcomayo; de esos campos, donde el bracero levanta las cosechas para después deambular por las vías acosado y perseguido por las bravas milicadas; de esas grandes fábricas, donde el obrero de la ciudad elabora la riqueza de los otros y forja su propia miseria. Es de todos esos odiosos lugares, de donde han de insurgir las muchedumbres en la conquista de la verdadera independencia, escamoteada, entre otros, por los panegiristas de las efemérides patrias.

F. Martínez.

El Dolor de la Cárcel

Tú compañero, que has estado una sóla vez en tu vida en el interior de la cárcel, sabes lo que deseo, y comprendes lo que escribo. Conoces la frialdad de "aquel" portland, la humedad que aquello rezuma, y el dolor que corta las carnes de los que aún dentro de la mazmorra cubren un puesto de empleado, de dirigido, de esclavo, como afuera. Ve las órbitas verdirojas entiebertas de aire congelado, y la testúz gacha tras del enorme lampazo que barre la mugre que deja tras sí el esbirro, o el compañero que pasó su desgracia...

Yo también estuve allí dentro, he observado y analizado dolorosamente la vida y personalidad de esos seres que se "acomodan" y que portan sobre sí la responsabilidad de un cargo. Los he visto sonreír idiotamente ante la presencia de un alcaide, de un capataz o empleado cualquiera. Los he visto orgullosos de aquella mísera existencia porque gozaban la relativa libertad de caminar a tal hora por los pabellones mientras los demás presos quedaban encerrados; por que repartían el "rancho" mugriento y podían servir primero para ellos, el mejor bocado de carne y la mejor porción de sopa; porque en los días en que todos los presos estaban en huelga, en señal de protesta por cualquier salvajada de los policías carceleros, castigados ellos colocaban los candados sobre las puertas de las celdas, y salían al sol, al patio a la "libertad", una hora por día.

Los he visto, descalzos, entumecidos, en los excusados y lavaderos, con las manos engarrotadas, trabajando furiosamente, rabiosamente, bajo la mirada tenaz de un mandón cualquiera, en el cumplimiento de su "deber". Los he visto también, empuñar cobardemente un cuchillo y acometer a un camarada de cautiverio; ¡pobres enmarañados inconscientes! ¡Oh! Y por último los he visto, semidesnudos, humillados, tristes, trágicamente abatidos, en estas mismas mañanas invernales, acurrucados en cualquier rincón de los baños, de los excusados, de las celdas... por un atado de cigarrillos... por un pan... ¡puah!, ¡qué asco!... ¡primeras!

Compañero, me comprendes. Compañera, perdonadlos. ¡Para qué seguir detallando lo que tanto daña el corazón! Hace frío, mucho frío, sobre las carnes, en las entrañas, en el alma. Duele más esta cosita invisible que la rajadura del pie, de la cara o de las manos. ¡Qué hacer! ¡¡Qué hacer?! No sé. Escribo como escribimos todos, para sacar de encima un peso inmenso, y repartirlo de a poco a cada uno.

Invierno de 1929, en cualquier cárcel del país.

De Firmat

Enrique Decandia hace saber a compañeros que la Rifa puesta en circulación a total beneficio del Comité Pro Presos Sociales, sorteada el 25 de Mayo, salieron premiados los números siguientes: primer premio, número 336; segundo premio, Nº... pudiendo retirar los premios, o reclamarlos a E. Decandia, Firmat, C. C. A., previa entrega de las boletas.

Los que retienen en su poder cantidades por venta de números colocados, les encarezco giren el importe a fin de remitirlo al Comité Pro Presos Sociales.

Para giros y valores enviar a E. Decandia, Firmat, F. C. C. A.